

Por lo tanto y por lo que se ha visto en el presente y en el futuro, se ha acordado y se acuerda que...

En consecuencia de lo que se ha visto en el presente y en el futuro, se ha acordado y se acuerda que...

En consecuencia de lo que se ha visto en el presente y en el futuro, se ha acordado y se acuerda que...



PLATICA PRIMERA.



EXISTENCIA DE DIOS.

*Cæli enarrant gloriam Dei, et
opera manuum ejus annunciat
firmamentum.
Psalmo XVIII, v. I.*

BENDIGAMOS, mis muy amados hermanos, bendigamos sin cesar la bondad que el Señor ha tenido para con nosotros disponiendo las cosas de modo que nazcamos en el centro del cristianismo, en donde sin gran trabajo podemos ser informados de los designios de Dios, y obrar conforme á ellos para poder ser felices completamente por toda una eternidad. De este beneficio carecen los que desconociendo la Divinidad de la Religion cristiana viven de un modo que Dios reprueba. ¿Qué fin, pues, podrán tener estos infelices si no el de ser para siempre desgraciados, si la muerte les sorprende en este estado? Sin que á nosotros nos sea permitido escudriñar los altos juicios de Dios, es lo cierto que muchas naciones están fuera de la Iglesia católica, y es indudable que no hay salvacion para los que á la Iglesia católica no pertenecen. Ved, pues,

ahora cristianos si tengo fundamento para escitaros á alabar y bendecir al Señor por el singular favor que nos ha dispensado en virtud del que nos hallamos alistados en las banderas del cristianismo. Por esta causa nuestra razon divinamente iluminada vé y conoce lo que no pueden conocer ni ver los que viven de asiento en las tinieblas y sombras de la muerte. Nosotros vemos y conocemos la armonía que hay entre la razon y la revelacion sin dudar del camino que á la gloria guia, mientras que los que desconocen la Religion cristiana en su pureza, andan á tientas sin poder hallar sendero que pueda conducirlos á otra cosa que no sea un precipicio. Nosotros palpamos los fundamentos en que nuestra fé estriba; nos son evidentes las pruebas que demuestran la Divinidad de las Sagradas Escrituras, nos complacemos en acatarlas como emanadas de Dios para nuestra instruccion, y procuramos, ó al menos sabemos que debemos procurar conformar nuestros pensamientos, dichos y hechos con los que en las Santas Escrituras se contiene, para agradar á nuestro Dios y hacernos dignos de sus mercedes. No, no sucede así á los enemigos de nuestras Santas Escrituras y tradiciones. Estraviada la razon, sin luz que pueda guiarla, á lo malo tiene por bueno y por bueno tiene á lo malo. El culto que damos á nuestro Dios en signo de nuestra gratitud y respetos, lo tienen por supersticioso, fundándose muchos de ellos para sentar tal despropósito, *que no hay Dios*. ¿Puede darse, cristianos, aberracion del entendimiento humano mas lastimosa? Vosotros mismos habreis oido acaso á algunos de esos mónstruos de inmoralidad pronunciar un tamaño desvarío, y os habreis escandalizado necesariamente; pues no les creais; esto es, no os persuadais que están, los que tal dicen, intimamente convencidos de que no hay Dios. Hombres que tal crean, ni se dan, ni pueden darse, porque el Señor se ostenta magestuosamente por mas de un concepto, de modo que nadie pueda desconocerle; pero muchos habituados á el crimen, ó sea á una vida relajada, quisieran que no hubiera un Dios que los juzgara y sentenciara; pero como esto no puede menos de suceder, y ellos lo saben muy bien, desahogan su brutal furia con asertos tan execrables. Para que os acabeis de penetrar de la verdad que os anuncio, voy á demostrar que ningun hombre de sana razon puede desconocer la existencia de Dios. Hé aquí el asunto de esta plática. Estadme atentos.

Muy poco se necesita discurrir para conocer desde luego, que este mundo no es eterno; que ha tenido principio, y que este principio y este ser no se le ha dado el hombre, que es la criatura racional y mas no-

ble que reconocemos sobre la tierra. Que el mundo, esto es, el conjunto de todas las cosas que vemos, tales como el cielo, la tierra, estrellas, mares y rios, no sea eterno, lo conoce hasta el mas ignorante; porque por mas que por su belleza y magnitud llama estas cosas nuestra atencion, advertimos que están destituidas de inteligencia, y no esto solo, si no que por la uniformidad y constancia en sus giros y apariencias indican que están regidas por uno mano maestra. El poder del hombre no llega á tanto; luego es indispensable conocer que hay un ser tan superior al hombre como superiores son en perfeccion las obras que admiramos en la naturaleza, á las que el hombre por sí solo puede hacer. Pues este Ser Supremo, que por do quiera tendamos nuestra vista, se ostenta infinitamente poderoso y sábio, es el Dios que adoramos los cristianos: ved ahora de nuevo, mis amados en el Señor, si es sólido el fundamento que tenemos para reconocerle, alabarle y bendecirle sin cesar. Si la experiencia no lo acreditara como desgraciadamente lo acredita, imposible nos pareciera que se diesen hombres tan abandonados que se atrevieran á negar á Dios la existencia, para concedérsela á entes que no tienen otra razon de existir que la que una imaginacion acalorada se quiere forjar. A esta clase de hombres inmorales pertenecen los que atribuyen á la naturaleza ó al acaso la creacion del universo, incluso el hombre. ¡Insensatos! ¿Qué entenderán estos infelices por naturaleza? Creerán que es alguna gran señora servida de criados á quienes manda encerrar ó abrir al sol y á las estrellas; aprisionar ó dar soltura á las aguas, y vestir ó desnudar los campos de sus verdores? En este caso ¿dónde tiene esta señora su residencia? ¿Cuál es su palacio? ¿Cuáles sus atributos? Criar y no conservar? ¿Regir sin gobernar? Porque si cria y conserva, rige y gobierna, será no solo sábia, si no infinitamente poderosa; esto no puede decirse de las cosas criadas; luego la naturaleza, que no es otra cosa mas que el conjunto de estas mismas cosas, no es ni sábia, ni omnipotente, ni aun existe en el sentido que los llamados ateistas lo sostienen, tomando el efecto por la causa, si no que solo es una obra grande que el poder de Dios fabricó para escitar la admiracion del hombre y hacer que reconociéndole por autor de su ser y de cuanto fuera del mismo Dios existe, le prefiera en su amor á todo lo criado, mostrándose á la vez agradecido, con resolucion firme de jamás ofenderle. A esto, á esto nos estimulan á porfia las maravillas del Señor, y no, como los impíos pretenden, á desconocer á un Ser perfectísimo cuya gloria publican los mismos cielos. Ni son menos extravagantes é injustos los que dicen que todo lo que vemos lo ha criado la casualidad. ¡La casualidad! Ente nulo que ni aun los que tal despropósito dicen, pueden darle cabida en su ima-

ginacion. Si por casualidad los cielos y tierra existieran, con cuanto en ellos se contiene ¿cómo es que no vemos edificarse casas, formarse pueblos, ni presentarse ejércitos casualmente? Si tal casualidad existiera, si tan poderosa fuera; ya habríamos visto, en el tiempo que contamos de vida, algunos de sus efectos; pero ni nosotros, ni nuestros antepasados ni los que nos sucedan verán los prodigios del acaso, porque tal acaso ni ha existido, ni jamás existirá, como conoce hasta el menos instruido. Es, pues, fuera de toda duda que existe un Ser Supremo que sin depender él de nadie, todo depende de él, y en este todo dependiente está incluido, como no puede menos el hombre, y esté obligado á acatar, bendecir y amar á el Supremo Ser, so pena de ser la criatura mas ingrata de cuantas Dios crió; por lo mismo que le ha adornado de cualidades superiores á las que tiene el resto de criaturas en la tierra. Así es, hermanos míos, no lo dudeis. El mar, los rios, las montañas, la luna, el sol, las estrellas con todos los demas cuerpos terrestres y celestes; las diferentes especies de animales, así las que habitan en las aguas, como las que revolotean sobre nosotros, y las que tienen por su morada la tierra, todas, sí, publican la existencia y gloria de Dios, pero ninguna, ni todas juntas, pueden celebrarla como el hombre igual, en cuanto á esto, con los espíritus angélicos. Vergüenza da, cristianos, y á la vez indignacion, que tenga que ocuparse un ministro del Evangelio en hablar de la existencia de Dios en una nacion católica como es la España; pero la inmoralidad ha llegado hasta el punto de hacerlo necesario, si no para convencer á los que me estais oyendo, por estar todos bien persuadidos, «como creo firmemente que lo estais,» de que existe un Dios infinitamente justo que á todos y á cada uno de nosotros, nos ha de juzgar, al menos para evitar que algunos inocentes ó poco instruidos, sean víctimas de los sofismas de esos impios, que por do quier pululan, y solo se atreven á hablar cuando conocen que no hay quien los pueda responder. Si por desgracia llegara á presentarse á alguno de vosotros uno de estos instrumentos de Satanás proponiendoos sus infernales doctrinas para apartaros de la Religion y creencias del cristianismo: enseñándole el cielo, decidle; «*miserable, lee, lee en ese gran libro y confúndete*» y no querais escucharle mas; sino huid de él al momento, sin dejar por eso de pedir á Dios que le ilumine y traiga á verdadero conocimiento, porque al cabo, aunque desgraciado, hermano nuestro es, y la caridad exige que roguemos por los que están en tan lamentable estado. Por lo demas ¿quién, hermanos míos, quién habrá de sano juicio que reflexionando, ya sea sobre sí mismo en el orden físico y moral, ya sobre todo lo que nos rodea y á nuestra vista se presenta, deje de conocer que hay un Ser eterno é

infinito en perfecciones y de perfecciones infinitas? Nadie por cierto.

Infiérese de lo dicho, que los mismos que tan ufanos se muestran diciendo «*no hay Dios*» faltan á la verdad, mienten impiamente. ¿Y qué fin podrán proponerse estos miserables al ostentar desconocer una verdad de que están penetrados? ¡Ah! Observad por un momento su conducta, y no dudareis ya de sus deseos. Les vereis encenagados en los vicios, persiguiendo al inocente, aprovechándose de lo que no es suyo, y hechos, en fin, los tiranos de sus semejantes, sin querer abandonar la carrera del crimen, y hé aquí la sola razon porque dicen, no lo que sienten, sino lo que quisieran que fuera, esto es, que no hubiera Dios que los juzgara y sentenciara, como ya os lo hice advertir al principio de la plática. Si, hermanos míos, el temor de ser castigados, hace que nieguen la existencia del Juez, y en vez de arrepentidos pedirle perdon, corren desenfrenados cual caballos sin dueño en un desierto, hasta que precipitándose de abismo en abismo reciben el golpe mortal. ¡Desgraciadas las mujeres que llegan á tener por esposos, hombres tan inmorales! ¡Desgraciados los hijos que tienen por padres á tales mónstruos de la especie humana! ¡Infelices los que lleguen á tener por amigos á los que así se declaran enemigos de Dios! ¿Qué confianza podrá tener la esposa, en quien tan ingrato se muestra para con un Señor, que beneficios y solo beneficios le dispensó? ¿Qué podrán prometerse los hijos, de un padre que desconoce, ó al menos afecta desconocer, al mismo que le dió el ser; para con mas descaro ultrajarle y despreciarle? ¿Qué podrán esperar los que creyéndose amigos de personas tan criminales, les confien sus secretos? Nada bueno; y sí mucho malo. Si á sus miras particulares conviene estar bien con la esposa que tuvo la mala suerte de enlazarse con el impío en matrimonio, la mirará con el interés que un baldado mira la muleta que necesita para andar; pero en el momento que á sus fines especiales no corresponda, la despreciará, y aun hará porque de entre los vivos desaparezca, si así bien le viene, con la misma serenidad (al menos aparente) que el baldado, despues de restablecido, arrojara al fuego el palo de que se hubiera servido durante su imposibilidad. Recordad por un momento los lances que habeis oido, ya que no presenciado, sobre este particular; y os convencereis que no hay mujeres mas dignas de lástima que las que se han unido á hombres que no quieren conocer á Dios. Otro tanto sucede á los hijos de tales padres; abandonados á sus propias inclinaciones, escitados al mal con las persuasiones y ejemplos de quienes modelos de buenas costumbres debieran ser para ellos; de hombre se convierten en brutos, y en vez de amar á sus semejantes, solo aspiran á destruirlos para tener ellos lo que de ningun modo les corresponde.

¿Puede darse mayor mal? Ni son más felices los que se creen amigos de tales entes. Faltos de fé, de esperanza y caridad, solo á sí mismos atienden y nada les dá vender y hacer traicion al infeliz que tuvo la desgracia de fiarse de ellos. Hé aquí la razon porque se hallan tan pocos amigos verdaderos. La falta y solo la falta de Religion es la causa de tantas defeciones y desgracias que, unos mas y otros menos, todos lamentamos. Porque es preciso tener muy presente, hermanos míos, que el que niega que hay Dios, ninguna religion tiene, y un hombre sin Religion es peor que un leon en una selva: inferid, pues, lo que esperarse debe de una fiera en libertad, y no olvideis que mayores males que aquella causar puede al hombre, causa en la sociedad el hombre impío. La razon es bien sencilla; para librarnos de la fiera, sabiendo por donde anda, contamos con medios que en un caso, podemos poner en juego y evitar ser víctimas de su rapacidad y fiereza; ¿pero de qué podrá valerse la mujer, los hijos, y el amigo, para no ser eludidos del esposo, padre y compañero que de la Religion carece? De nada, no; nada es bastante en lo humano para ponerse á cubierto de los estragos que el impío puede causar, al menos en el orden físico. Dignos, por cierto, son de lástima, repetiré sin cesar, los que con tales personas tienen que asociarse; aunque mas infelices, son sin comparacion, los mismos que contradiciendo á la naturaleza entera, y aun á su íntimo sentido, se atreven á decir «no hay Dios.»

¡Desgraciados! ¿Cuánta mas cuenta os tuviera hacer alto en la carrera del crimen, y arrepentidos pedir perdon al mismo Dios que tanto ofendisteis? Le hallariais benigno y misericordioso, dispuesto á perdonaros, y á reconoceros por hijos suyos con derecho a la eterna gloria, si contritos y humillados cumplís en adelante con su santa y suavísima ley. Aconsejadles á que así lo hagan, amados oyentes míos, si teneis ocasion para ello, ya que por la misericordia de Dios no seais vosotros comprendidos en el número de los impíos. No desconfieis de la buena acogida que vuestras persuasiones puedan tener para con unos hombres tan malos. Reflexionad al hacerlas, que es muy fácil que Dios quiera valerse de vosotros, como instrumentos, para ganar aquellas almas, presas ya del infernal dragon; y si nada consiguiereis porque el impío no os quisiera escuchar, siempre habreis ganado mucho para con aquel Señor que penetra los corazones de todos; y no ceseis vosotros, amados hermanos míos, de alabar y bendecir al Señor, criador de todo cuanto fuera de él existe, procurando á la vez cumplir con los divinos preceptos que á todos nos ha impuesto, como condicion indispensable para servirle fielmente en esta vida, y gozar despues de las eternas delicias en la gloria. Amen.

PLATICA II.

¿QUIEN ES DIOS?

Ego sum qui sum.
Exod., cap. 3, v. XIV.

Es ciertísimo, cristianos, que ningun hombre de sano juicio puede poner en duda, que hay Dios; pero no todos tienen la idea de este Ser Supremo que exige la sana razon, y reclama la Religion que adoramos. Sin que sea visto que yo presuma explicar la naturaleza del Criador, porque es imposible aun á los seres mas privilegiados del cielo y de la tierra, me atrevo sí, con la gracia divina, á manifestar lo bastante para que los que hasta ahora ignoran lo que acerca de este interesante asunto deben saber, puedan de aquí adelante no solo saberlo, sino tambien explicárselo á otros con el santo fin, en unos, de cumplir con su deber, si son padres de familia, ó amos con criados, y en otros, el de publicar cuanto de su parte está las grandezas del Señor para que todos le amen, alaben y bendigan.